

Capítulo II

*Bajamos las lanzas, sonó el bugle.
Yendo a Kandahar, a caballo de dos en dos.
A caballo, a caballo, de dos en dos.
Tarara tarara tarara ta
Hasta Kandahar, a caballo de dos en dos.*

Baladas del cuartel

No estoy enfadado con el público británico, pero me gustaría que hubiera miles de ellos repartidos por estas rocas. De ser así, no se darían tanta prisa por hacerse con el periódico de la mañana. ¿Te imaginas al cabeza de familia modelo? Amante de la justicia, lector fiel, paterfamilias y, sobre todo, frito por culpa de esta gravilla ardiente.

—Con un velo azul en la cabeza y la ropa hecha jirones. ¿Tiene alguno una aguja? He conseguido un trozo de un saco de azúcar.

—Te dejo una aguja de empacar si me das seis pulgadas de saco. Tengo que revestirme las rodillas.

—¿Y por qué no seis acres, ya que estás? Déjame la aguja y ya veré qué puedo hacer con lo que me sobre. No creo que tenga suficiente para proteger mi real cuerpo de este frío. ¿Qué estás haciendo ahora con ese cuaderno de dibujos que siempre llevas, Dick?

—Estudio de nuestro corresponsal especial arreglando su armario —dijo Dick muy serio, mientras el otro se quitaba un par de pantalones de montar muy gastados y empezaba a ajustar un cuadrado de lona basta en un agujero. Gruñó

desconsoladamente cuando se dio cuenta del inmenso hueco que se abría ante él.

—¡Efectivamente! Un saco de azúcar. ¡Eh! ¡Timonel! Dame todas las velas de este barco.

Una cabeza coronada con un fez apareció entre las velas de popa, se partió en mitades exactas con una gran sonrisa en la cara y volvió a desaparecer. El hombre de los pantalones de montar hechos jirones, que vestía solamente una chaqueta Norfolk y una camisa gris de franela, continuó con su costura tosca, mientras Dick se reía entre dientes mirando el dibujo.

Unos veinte balleneros se estaban acercando a un banco de arena, donde soldados ingleses, pertenecientes a media docena de regimientos, se daban un baño o lavaban sus ropas. Un montón de rodillos para los barcos, cajas de intendencia, sacos de azúcar y cajas de harina y de munición de armas de mano dejaban adivinar dónde había descargado uno de los balleneros precipitadamente. Un carpintero del regimiento renegaba en voz alta mientras intentaba, con una asignación insuficiente de plomo blanco, enyesar las enormes juntas del barco que el sol había quemado.

—Primero se rompe el maldito timón —decía a todos en general—: Luego perdemos el mástil; y para terminar, por Dios Santo, cuando ya no podía pasar nada más, la cubierta se abre como una estúpida flor de loto de la China.

—Lo mismo que mis pantalones de montar, quienquiera que seas —respondió el sastre sin mirar a nadie—. Dick, me pregunto cuándo volveré a ver una sastrería decente de nuevo.

No obtuvo respuesta, salvo el incesante murmullo enfadado del Nilo mientras descendía como el rayo por una curva amurallada de basalto y hacía espuma en las hileras de rocas media milla río arriba. Era como si el rojizo peso del río llevara a los hombres blancos de regreso a su país. La indescriptible esencia a fango del Nilo que llevaba el aire, informaba de que la corriente estaba bajando y de que las próximas millas no serían un tramo fácil para los balleneros. El desierto llegaba casi hasta los bancos, donde sobre las lomas, grises, rojas y

negras, descansaba un grupo de camellos. No había un hombre que se atreviera a perder el contacto con alguno de los lentos barcos un solo día. No había habido luchas en las últimas semanas y, durante todo aquel tiempo, el Nilo no les había dado ni un momento de descanso. Un rápido tras otro, una roca tras otra, un grupo de islotes tras otro, hasta convertir la hilera en lo suficientemente larga para perder toda noción de dirección y casi de tiempo. Se desplazaban hacia algún lugar, no sabían por qué, para hacer algo, pero no sabían el qué. Ante ellos descansaba el Nilo y en el otro extremo se hallaba un tal Gordon, luchando por salvar la vida, en una ciudad llamada Jartum. Se veían columnas de tropas británicas en el desierto, en uno de los muchos desiertos. Se veían columnas en el río y aún más esperando a embarcarse por el río. Habían llamado a filas a nuevos grupos que esperaban en Assiut y Asuán. Bulos y rumores recorrían aquella tierra inhóspita desde Suakin hasta la Sexta Catarata, y los hombres suponían, generalmente, que tenía que haber alguien de autoridad que dirigiera la organización general, los diferentes movimientos. La función de aquella particular columna fluvial era mantener a flote los balleneros, para evitar que las partidas pisotearan las cosechas de la zona desde el centro de la corriente, conseguir dormir y comer todo lo posible y, sobre todo, avanzar sin retraso alguno a pesar del agitado Nilo.

Con los soldados sudaban y trabajaban los corresponsales de los periódicos, que eran casi tan ignorantes como sus compañeros. Pero había que conseguir, fuera como fuera, que Inglaterra desayunara divirtiéndose, emocionándose e interesándose por si el tal Gordon vivía o moría, o si la mitad del ejército británico desaparecía bajo las arenas del desierto. La campaña sudanesa fue bastante pintoresca, y ofrecía la oportunidad de recrear vívidos reportajes. Una y otra vez, algún «especial» era asesinado —lo que no suponía una desventaja para las publicaciones que se hacían eco de ello— y, con más frecuencia, la naturaleza del mano a mano de la lucha permitía fugas milagrosas que valían un telegrama a dieciocho peniques la palabra. Había muchos

corresponsales con variados cuerpos y columnas: desde los veteranos que habían seguido, pisando los talones, a la caballería que ocupó El Cairo en 1882, aquella vez en que Arabi Bajá se autoproclamó rey, y que habían sido testigos de la primera misión desastrosa alrededor de Suakin cuando apuñalaron a los centinelas por la noche y la maleza se llenaba de lanzas; hasta jóvenes que avanzaban a trompicones hasta el final del hilo del telégrafo para sustituirlo, ocupando el lugar de los que acababan de morir o habían sido mutilados.

Entre los altos responsables —aquellos que conocían cada artificio y cambio en las órdenes postales y lo que costaba el egipcio más desgarbado y enclenque puesto a la venta en El Cairo o en Alejandría; aquellos que podían hablar con un empleado de telégrafos con afabilidad y apaciguar la alterada vanidad de los nuevos oficiales del Estado Mayor cuando las regulaciones de la prensa daban muchos quebraderos de cabeza—, se encontraba el hombre de la camisa de franela y las cejas negras: Torpenhow. Representaba a la Asociación Centro-Meridional en la campaña, tal y como la representara en la guerra egipcia y otros lugares. A la asociación no le interesaban las críticas que el ataque recibía ni cosas por el estilo. Informaba a las masas, que lo único que pedían era algo pintoresco y detalles en abundancia; en Inglaterra se divierten más con un soldado que, insubordinado, acude a rescatar a un camarada, que con veinte generales, que trabajan como mulos hasta quedarse calvos a causa de crasos detalles del transporte y de la intendencia.

En Suakin, había conocido a un joven que estaba sentado sobre el filo de un reducto que acababan de abandonar del tamaño de una caja para guardar sombreros. Hacía un boceto de un grupo de hombres apilados en una explanada de gravilla.

—¿Para quién trabaja? —preguntó Torpenhow. La bienvenida del corresponsal fue la que normalmente ofrecería un vendedor ambulante.